

El socialismo hoy: cambios, problemas y perspectiva

Ramón Martínez Escamilla*

Introducción

Me complace grandemente contribuir desde el Instituto de Investigaciones Económicas al análisis de los cambios, problemas y perspectiva del socialismo. Mi análisis tiene básicamente una preocupación de carácter teórico-ideológico, por lo que en la medida de lo posible no me referiré, a menos que resulte indispensable, al caso concreto de algún país en particular. Para facilitar la exposición y réplica que pudiera suscitar, conjuga dos aspectos básicos: en el primero trazo una línea de interpretación general de la más reciente dinámica socialista y en el segundo puntualizo los aspectos que a mi juicio reclaman un extenso tratamiento teórico por parte de los estudiosos comprometidos de una y otra manera con la materia. Sin más consideraciones, entro en ella de forma sencilla, clara y directa.

Sustento el criterio de que el socialismo es el futuro inmediato de la humanidad; pues se trata de un sistema de vida superior a todo lo previo. Sostengo también que la construcción del socialismo es una tarea dialéctica de muy largo plazo; más aún, país por

* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

país, es del más largo plazo en términos de la vigencia de la formación económico-social precedente, es decir del capitalismo, y también lo es país por país socialista en términos del tiempo que requiere la consolidación interna de la propia formación económico-social socialista.

Para expresarlo así, me atengo a la importancia internacional que el tema y su debate han cobrado en nuestros días y también a que lo hago en el seno de una entidad especializada en estudios teóricos y aplicados y con la cobertura institucional que en México tiene la investigación científica. Por ello no me expresaré en términos euclidianos ni tan abstractos que puedan llevar mis palabras a confusión. El tema invoca, desde luego, y hasta reclama un grado de abstracción. Para hacerlo mío, empleo los conceptos y categorías de análisis sobradamente probados por las Ciencias Sociales.

En todo caso, llamaré a las cosas y a los fenómenos por sus nombres; y no necesito extenderme mucho para decir, en consecuencia, que como toda formación económica-social, el socialismo, con todo lo prolongada y tortuosa que resulta su construcción, es sólo el difícil periodo de transición hacia una formación históricamente aun superior y que, como tal, es el paso obligado del género humano hacia la generación del hombre nuevo, del constructor de la nueva sociedad a escala mundial.

Aliento el más absoluto respeto y solidaridad hacia los pueblos socialistas de los cuatro continentes donde los hay; pueblos realizadores, cada uno a su tiempo y con la modalidad nacional que le impone su propia historia, de la más extensa y profunda de las revoluciones sociales que ha conocido la Historia. Y estoy seguro que hoy en cada país es a su pueblo al que corresponde el más profundo análisis de los procesos sociales, económicos o políticos que en lo interno engendra su socialismo, y que también es a él a quien corresponde la consecuente toma de decisiones para darle continuidad o, en su caso, mayor dinamismo y capacidad para la conquista de aquel futuro social. Esto no contradice sino confirma en el nivel y sentido que hoy es posible el alcance mundial de la formación socialista.

Muchos mexicanos, latinoamericanos y de otras áreas del capitalismo comparten esta forma de ver las cosas aunque, justo es decirlo, no en todas partes se reconoce el derecho a expresarlo ni en todas donde sí se reconoce, se ejerce ese derecho. Como quiera, no somos pocos los observadores agudos de los procesos socia-

les, políticos y económicos que se registran dentro y fuera de nuestros países. Algunos, como el que esto escribe, por razones de oficio conocemos al socialismo *in situ* pero también literaria y noticiosamente. Por ello nos interesa abrir lo más posible la discusión de nuestras posiciones en torno a los más significativos acontecimientos de algunas de sus regiones geopolíticas o, como es el caso, de la formación en conjunto. Oportunidades no han faltado ni se han desaprovechado para hacerlo desde los mismos países socialistas. Tampoco han faltado para atender los análisis que sus ciudadanos hacen del capitalismo de nuestros países *in situ* o literaria u oralmente desde los suyos propios; y tal atención no ha sido pasiva sino todo lo activa que las buenas reglas permiten.

La difusión y el intercambio público de materiales analíticos a que deseo contribuir con el presente, por cierto, no surge de la inspiración analítica *per se* ni del simple interés académico por abordar los aspectos de la política o la estrategia que a las dos formaciones socioeconómicas contemporáneas les resultan más conmovedoras hoy. Tampoco obedece al interés de hacer relaciones públicas nacionales o internacionales ni al de cultivar de mejor manera las ya existentes como ocurre a veces con algunos interlocutores y tradistas "autorizados" que jamás aterrizan en algo que parezca aporte teórico o metodológico aunque desahoguen tópicos y documentos y publiquen discusiones "muy interesantes" en más de un aspecto. Si bien puede servir hasta para crear o abonar relaciones además de hacer academia y análisis *per se*, y enhorabuena si así sucede, lleva la finalidad fundamental de promover la discusión sistemática y responsable lo más cercana posible a lo científico, del vertiginoso proceso que en los últimos años se ha estado experimentando en muchos países socialistas tanto en la estructura como en las relaciones sociales que la interpretan y en las formas específicas que asumen políticamente, hasta comprometer la continuidad de la formación socioeconómica.

Construcción, restructuración y simultaneidad: consustancialidad para la transición

Suele escucharse que la Ciencia Social es tan escurridiza y soberbia, especialmente en su vertiente teórica, que no podemos tocarla y a veces ni acercarnos a ella, si no lo hacemos acompañados,

como pretendo, para cercarla y caerle encima por todos los flancos. Sólo en esa actitud expreso que de lo que puede observarse de manera directa en varios países socialistas y de lo que filtran hacia América Latina diversas agencias noticiosas, se puede colegir que hoy en día, como nunca antes en las dos últimas décadas, la palabra que mejor recoge las líneas generales del comportamiento socialista integral es la palabra *reestructuración*, también en todos los órdenes.

¿Por qué *reestructuración*? A mi juicio por dos razones fundamentales:

Primera, porque el socialismo surge de y es en sí, como expresaba arriba, un profundo y permanente proceso revolucionario social, capaz por sí mismo de reproducirse, renovarse y corregirse para alcanzar estadios cada vez más cercanos a la formación comunista.

Segunda, porque el socialismo es aún muy joven y tiene que seguir construyendo aceleradamente y sobre su propia marcha las bases que lo impulsen de manera cada vez más vigorosa e inequívoca primero hacia la fortificación de su propia realidad histórica y enseguida hacia la nueva formación social del comunismo; para lo cual, encuentra necesario remover algunas de las bases iniciales que, habiendo cumplido su función histórico-social en la construcción del sistema, deben ser no sólo modificadas a fondo sino a veces hasta sustituidas, sin más consideración que la que se formulen las masas populares *organizadas* para adueñarse de la Historia.

Subamos ligeramente el nivel de exigencia y notemos que se trata, en el fondo, de una sola y misma razón. No podría ser de otra manera si socialismo y comunismo no son en el fondo sino dos momentos de un solo y mismo proceso. Dos momentos en el sentido temporal, sin duda, pero sobre todo en el sentido filosófico y, más concretamente aún, en el sentido ideológico y político. De la misma manera que producción y distribución son dos momentos de un mismo fenómeno, que se complementan, se interpenetran y consustancian el proceso económico porque acontecen juntos y simultáneamente; el socialismo sólo puede desarrollar y consolidar su propia realidad histórica si *al unísono* sienta las bases (o quizás debiera decir sienta y ejerce o sienta y hace valer las premisas) de la sociedad comunista.

Una sola y misma razón que, expresada así, ofrece varios problemas de interpretación de los que los más evidentes, relacionados con los sentidos del concepto *momento*, debieran comenzar a ser resueltos de inmediato. Hagamos un primer intento:

La simultaneidad filosófica no tiene la misma connotación en las Ciencias Sociales que en las llamadas Ciencias Exactas. En la Matemática Pura, por ejemplo, la simultaneidad puede ser perfecta. Una de las formas más elementales de ilustrarla puede darse en la teoría de las razones: en el momento que el numerador crece o que el denominador decrece, el valor de la razón crece y viceversa; si se introduce la teoría de las proporciones, la teoría de las razones se complica pero no cambia su sentido ni la simultaneidad se altera y la complicación puede reducirse con el auxilio de la misma teoría de la medida. En Economía Política en cambio, la simultaneidad admite lo que la teoría Neoclásica, que también es política, denomina las fricciones que, como quiera que se les vea, provienen de la lucha de clases, acelerando o retardando los efectos y en mucho hasta el sentido de los fenómenos.

A ello se debe que, por ejemplo, la composición orgánica del capital, categoría de análisis que por definición es y se expresa como una razón matemática cuyo valor es de carácter tendencial, prejuzgue de manera muy condicionada el comportamiento inverso del valor de la tasa de ganancia, que es otra categoría de análisis que también por definición es y se expresa como otra razón matemática y cuyo valor es también tendencial como consecuencia del de la primera y, por añadidura, por efecto de las causas sociales y políticas contrarrestantes o coadyuvantes del sentido temporal o transitorio de su valor final. Ya podría aplicarse la teoría de la medida a ese efecto y a esas causas; ya podrían correlacionarse y aplicar la medida de la correlación como sumando, como factor o como exponente precedidos del signo que se prefiera como ponderador, que aun así prevalecería el carácter sólo tendencial y sólo transitorio de las trayectorias y el carácter parcial y probable de la simultaneidad.¹

Por ello la Ley de Say es lógica y formalmente cierta pero social y objetivamente falsa, lo mismo que el Principio General de Quesnay. El capitalismo nace, crece, se reproduce y se extingue en crisis y la planificación socialista no elimina la incertidumbre o lo hace de manera errática y tan limitada que permite que suceda otro tanto, aunque no sea esa la única causa de la extinción

¹ Dicho sea todo esto aun sin recurrir al uso de las medidas de intensidad, tan invocadas por la teoría Neoclásica, y sin mencionar el efecto por periodos que se da en el proceso económico real y se registra en la Economía Política.

ni ésta tenga el mismo sentido histórico en el capitalismo que en el socialismo. Como quiera, el problema es de fondo y nos ocupará más adelante. Hasta aquí un primer intento de solución.

La *restructuración* es el fenómeno más vasto y complejo de nuestros días. Tanto que, para decirlo en corto, en pocos meses ha trastocado a profundidad a la sociedad en los países donde el socialismo que parecía haberse consolidado ahora se mantiene muy precariamente o, como alternativa, hace enormes esfuerzos para no ser deruido hasta ese límite; en los países donde sólo era una incipiente ha sufrido enormes derrotas políticas que le dificultan aún más su permanencia y le retardan la victoria, y en los países capitalistas subdesarrollados donde ha estado presente sólo ideológicamente o bajo las formas de la participación política partidista o la contestación armada tiende a quedar sujeto férreamente a los cánones de la democracia formal o, alternativamente a la falta de perspectiva, mientras el imperialismo parece estar repuntando a costa de todo lo "perdido". Apenas puedo vencer aquí la tentación de postular que aquellos que venían sintiendo inminente la guerra mundial número tres se equivocaron sólo en el tipo de armas con que podía comenzar y con las que puede terminar.²

Se trata del proceso que hoy reclama la mayor y más serena reflexión individual y colectiva. No admite la pontificación ni el adelanto de juicios apriorísticos porque es el proceso del desarrollo histórico, del que tanto hemos hablado tantos, el que habla por sí mismo, muy ruidosamente como suele parecernos a los hablantes.

Seguramente a nadie escapa que la *restructuración* no comenzó hace unos meses por más que sus verdaderos efectos de mediano plazo se hayan comenzado a ver durante los mismos, y que tiene remotos antecedentes en la Hungría socialista, en la Checoslovaquia socialista, más recientemente en la Polonia socialista, y que sus manifestaciones en la Unión Soviética, su cuna, no arrancan con la exaltación de Mijail Gorbachov al poder supremo, sino desde hace tres lustros o poco más; pero que ha sido desde 1986, con la realización del XXVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y las subsecuentes reuniones plenarios del

² La *restructuración* también ha llevado al imperialismo a tomar medidas drásticamente diferentes para contrarrestar y aprovecharse de sus efectos inmediatos. Sobre todo, también en un corto número de meses, a tratar de recomponer el equilibrio estratégico mundial, y no con todo el éxito que publicitan sus agencias.

Comité Central, con las que había comenzado a tomar cuerpo sistemático y una visión de largo plazo, mismos que en mucho comenzaron a ser rebasados o sesgados por las movilizaciones sociales que fueron inducidas en varios países de dentro y sobre todo de fuera de la Unión Soviética por una expectativa de solución acelerada de las más graves carencias económicas presentes y por una cada vez menos contenida sed por probar los beneficios de la democracia.

Conviene aclarar que hasta el mismo 1989 ni las carencias económicas ni la urgencia de la democracia en la sociedad socialista tenían el mismo signo ni la misma profundidad que puede observarse en el capitalismo del subdesarrollo con todas sus gradaciones. Mientras en éste todavía se encuentran vinculadas íntimamente con la ausencia generalizada de los mínimos de bienestar entre las clases sociales mayoritarias y sus capas y estamentos étnicos y con la sistemática violación de los derechos políticos e incluso con el atropellamiento también sistemático y hasta la negación de los derechos humanos; en el socialismo, también con todas sus gradaciones, por lo general los mínimos de bienestar habían sido ya alcanzados e incluso consolidados y rebasados en muchos aspectos, si bien estaban tocando una inflexión hacia el deterioro a largo plazo; mientras los derechos políticos estaban ya en franco redimensionamiento y los derechos humanos en su concepto y en su ejercicio se habían consolidado.

No puede negarse, sin embargo de ello, que el largo estancamiento de la sociedad socialista al nivel de los simples mínimos de bienestar y de unos derechos políticos acotados a los cánones y las rutinas del centralismo democrático y unos derechos humanos restringidos a los límites de la opinión pública oficial y del prejuicio popular, mantenían ahogada la expresión social de las libertades en un mar de reglamentos y prácticas consuetudinarias que en mucho recogían y encumbraban los atavismos generacionales provenientes de una cultura en mucho enraizada en el oscurantismo prerrenacentista y la sucesiva dominación armada que por siglos fuera impuesta entre aquellos pueblos por el capitalismo mercantil, el capitalismo industrial y el capitalismo financiero.

Tampoco puede negarse que en el relegamiento de la sociedad socialista en general en esos límites mientras el Estado socialista y sus aparatos de poder crecía y se desarrollaba en los órdenes científico, tecnológico, estratégico, económico y militar provino de la

defensa que desde el principio se planteó y ejerció el socialismo en conjunto respecto del imperialismo y sus embates guerreristas de cualquier temperatura y alcance geográfico. Nada como la teoría del excedente económico y sus destinos alternativos podría dar mejor cuenta del estado de cosas que terminó por encumbrarse en lo interno, y nada como la estrategia del equilibrio internacional de poder podría ilustrar que los sistemas se debilitan merced a los embates del exterior que vienen a sumarse a las contradicciones internas.³

Entre el rebase y el sesgo a que me refería antes, ha sido muy notoria desde el principio una grave diferencia que vino a sumarse a la que de por sí planteaba el rebase respecto de la *reestructuración*. Esta última, que al principio consistía simplemente en la exigencia de dar mayor celeridad a la ejecución del mismo proceso de cambio estructural, rápidamente se ha convertido en la contestación al socialismo desde adentro; aquella, que lo era desde el principio, se consolidó como la nítida expresión del interés de muchos grupos sociales en hacer a un lado y sustituir al acuerpamiento sistematizado de fuerzas que estaban trazando dicho cambio con una óptica en perspectiva, y adquirió con no menos celeridad que aquella, la forma del más rotundo *no* al socialismo. En el caso del socialismo de Europa Central y la URSS el efecto combinado de ambas fue el planteamiento generalizado de la instauración de las reglas de la democracia formal o de la vuelta a ellas después de casi medio siglo, y la adopción acelerada de los mecanismos del mercado.

Lo que en estos países se perfilaba hasta finales de 1988 como la simbiosis modernizante del socialismo entre planificación y economía de mercado, para los de Europa Central en el último trimestre de 1989 se había transformado ya en una franca regresión hacia el capitalismo del atraso, merced al pragmatismo, al seguidismo y al abierto oportunismo estratégico y político de muchos líderes y partidos socialistas nacionales de Europa Central y de la misma URSS, sumados a la influencia política e ideológica de los líderes del eurocomunismo y de la socialdemocracia de las potencias acreedoras de Europa Occidental que, a su tiempo, bien su-

³ Por si unos y otras hubieran sido pocos, en los últimos tres años podía observarse sobre el terreno la ya alarmante penetración de todos los medios masivos de publicidad imperialista y la actitud de emulación interna que suscitaba en todos los órdenes.

pieron endeudar a los países socialistas y embozar su tradicional e irrenunciable nacionalismo.

La urgencia de romper y trascender los límites del bienestar social logrados en 50 años y que estaban haciendo que las masas pidieran a gritos la democracia, fue la misma con que desde 1986 algunos partidos comunistas aceptaron a regañadientes abrir los procesos de rehabilitación de una ya larga lista de pensadores y corrientes de oposición desde la izquierda; y la misma con que en busca de la correlativa y necesaria modernización del aparato productivo, comenzaron a postular como línea de política económica un conjunto de acciones, entre las que destacaban la cooperativización libre de algunos segmentos del comercio y los servicios; la proliferación de pequeños productores individuales y familiares de artículos de consumo, y la tolerancia de un cúmulo de transacciones libres rayanas en la economía informal y hasta en la delincuencia económica, al lado de conductas institucionales postulantes de la inversión extranjera directa e indirecta y de la maquilación y la libre importación masiva de bienes de capital y consumo, como salida inmediata a una crisis económica que ya no era posible seguir matizando como éxito controvertible.

Es necesario agregar que el terreno mejor abonado para esta casi sistémica conducta social fue, de una parte, la ostensible insuficiencia —por falta de iniciativa original, por abandono negligente o por encubrimiento de incapacidad o de ilegitimidad institucional— del proceso de indoctrinamiento de las masas populares para la construcción socialista y su desarrollo acelerado y, de otra, la no menos ostensible separación real entre Estado y Sociedad, merced a la desideologización acelerada de ésta y la consecuente despolitización en que se vio inmersa a lo largo de la prolongada Guerra Fría que siguió a los triunfos socialistas de Corea, Cuba, Viet Nam, Laos y Kampuchea. Aun no han sido evaluados en toda su dimensión los estragos que causó esa guerra al socialismo.

Aun sin referir el impacto que en la sociedad soviética indujo la intervención en Afganistán, al efecto convendría recordar aquí que fuera del socialismo los prolongados, extremadamente difíciles y ahora nada seguros procesos de liberación en Palestina, Libia, Etiopía, la República Árabe Saharaui, al igual que el de los pueblos del SWAPO* o el del Frente Farabundo Martí de Libera-

* South West African People Organization (Organización de los Pueblos del Sudeste de África).

ción Nacional (FFMLN) salvadoreño, tienen lugar y tiempo entre la Coexistencia Pacífica y la Guerra Fría, y que como la de Libia, toda proporción guardada, las experiencias de Granada y Nicaragua y las de Panamá e Iraq pueden reportar a aquellos procesos muy significativas experiencias en cuanto a la intervención imperialista; aunque los dos últimos no vivían, a la sazón, un claro proceso de liberación y las experiencias de los últimos tres tipifiquen, como las de Liberia y de la misma Kampuchea, el verdadero sentido que tiene la salida de la Guerra Fría.

Y ahora que la salida de esa guerra está también en todas partes del mundo en conflicto y que la *reestructuración* socialista sigue presente en los centros de residencia, de trabajo y de recreo, en la calle y en todos los ámbitos en que se concreta y se desarrolla la vida social, y que sigue empeñada en ser un movimiento real; organizado y sistematizado para impulsar un cambio revolucionario, poner al día y modernizar aceleradamente al socialismo, y no una simple propuesta y su discusión generalizada y una toma de decisiones aceleradas; pero que ha terminado por desfondar la olla de presión en que se había convertido la sociedad socialista, particularmente en algunos de sus segmentos geopolíticos; ahora que la viabilidad de la modernización socialista cambió drásticamente su grado de dificultad; todo parece revelar que lo que estaba haciendo falta no era un simple cambio revolucionario, si vale hablar así, sino toda una revolución social.

La reestructuración: toda una revolución social

Dadas las modalidades de la acción política y de la movilización social registradas en la sociedad socialista hasta principios de 1986, si lo que estaba haciendo falta hubiera sido sólo un cambio hacia el progreso en la estructura prevaleciente, al promoverse y desarrollarse éste hubiera comprometido en la acción directa sólo a la cúpula gubernamental y partidista, y las movilizaciones se hubieran dado en escala creciente pero en intensidad menguante de la cúpula al partido en conjunto, de éste a las grandes centrales obreras, campesinas, burocráticas e intelectuales y de ahí, a las organizaciones profesionales, gremiales y civiles en general; y hubiera sido poco o prácticamente nada lo que hubiera llegado hasta las masas populares no organizadas. Pero no fue así.

Lejos de que la dinámica social hubiera sido regresiva, como nunca antes en la historia del socialismo fue progresiva. Al ser propuesta y promovida la *reestructuración* por la cúpula y ocupar de inmediato el lugar de la columna vertebral del movimiento comunista soviético y centroeuropeo, la explosión de los ánimos de la sociedad socialista en toda su escala estructural —o como se dice en el semimundo capitalista “en toda su estructura clasista”— fue patente de inmediato a escala mundial.

Ahora ya no importa tanto si la intención inicial era promover un cambio estructural o una revolución en el seno del socialismo porque lo que en verdad ha quedado al descubierto hasta finales de agosto de 1990 es la necesidad histórica de toda una revolución social y que si ésta está en marcha, como sostengo que lo está, no podrá desenlazar sino en la puesta al día del socialismo mediante su modernización integral.⁴ Por ello, las masas populares pasaron en todas partes a ocupar el centro de la escena como promotoras del cambio y desde finales de 1989 ha sido entre ellas más que entre las corrientes internas del partido y entre los grupos externos que le son orgánicos, pero sin desconocer que también desde ellos, se ha localizado su mayor impulso y, desde luego, también la oposición que registra, a fé de todas las gradaciones y matices de ésta, desde la oposición de izquierda propiamente dicha hasta la más abierta militancia reaccionaria, pasando por la ortodoxia recalcitrante y el proimperialismo parlamentario hasta la tendencia monarquista y fascista, y no menos por el anarquismo y las posturas autocráticas.

Para qué insistir que se trata de una revolución inédita si en realidad todas las auténticas revoluciones lo son dondequiera que se localicen temporal o geográficamente. Las tipologías que de ellas suelen ofrecerse son sólo el resultado de sistemáticos y muy valiosos esfuerzos de emparentarlas por su lógica. La de ésta tendremos que buscarla en sus propios acontecimientos, algunos de los

⁴ En octubre de 1989, y auspiciado por el Centro de Estudios Filosóficos Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano de la Secretaría de Educación Pública, se realizó el Seminario Internacional sobre “Una Visión de los Países Socialistas”, con la participación directa de ponentes y comentaristas de prácticamente todos los países a la sazón socialistas. En mi ponencia ahí desarrollada, verdadero antecedente de la que aquí presento, sostuve largamente la misma tesis. Lo mismo hice en la que presenté en la Conferencia Mundial de la Paz realizada el mismo año en esta ciudad de México.

cuales que mencionaré, y entre los que hay algunos también inéditos, son los siguientes, en una sucesión temporal no tan rigurosa:

- La propuesta y el impulso desde el Estado socialista de un cambio estructural de sentido revolucionario.
- La inserción de la propuesta y su impulso en el seno del partido, donde suscita el debate de fondo con las más encontradas posiciones y la ruptura de los moldes partidistas.
- La ruptura socialista unilateral del equilibrio estratégico internacional, el rencauzamiento de su excedente económico hacia la producción y su efecto desfavorable sobre el proceso de repunte imperialista desde el foso de la depresión generalizada.
- El desbordamiento del debate y la confrontación hacia la vasta institucionalidad oficial y orgánica del socialismo. Una confrontación cuyo blanco común lo configuran la misma estructura del poder del Estado socialista y del partido y la práctica política de ambos asentada en las reglas del centralismo democrático funcional al equilibrio estratégico internacional y a la planificación del proceso económico en que necesita sustentarse.
- La reforma política coyuntural, balbuceante en el voto secreto y directo para la elección de mandos intermedios.
- El impacto inmediato que como reacción también coyuntural y de una velocidad cambiante ha estado registrando el imperialismo en su trato hacia las potencias intermedias deudoras.
- El desbordamiento de la confrontación social respecto de la totalidad de sus moldes institucionales, y su generalización en la sociedad, con predominio de la exaltación de los sentimientos de lo intolerable y de la acusación hacia el sistema en su conjunto, aunada a la exigencia del pluripartidismo y del voto universal (salvo en el caso de Hungría), secreto y directo.
- La desestabilización social y política generalizada, la represión política y castrense de todos los signos, y la aceptación condicionada del pluripartidismo.
- El ascenso de la inestabilidad social y política hasta la cúpula, por violencia en ambos aspectos, localizada nacional y regionalmente (URSS y China). Por contrarrevolución armada sostenida por el imperialismo (Afganistán, Kampuchea y Nicaragua). Por revuelta intestina (Rumanía). Por procesos comiciales o su expectativa y por congresos de partido (Polonia, Mongolia y Nicaragua). Por decisión soberana del Estado y su personal políti-

- co (Hungría y Checoslovaquia). Por ruptura de pacto federal o su amenaza (Estonia, Letonia y Lituania respecto de la URSS y Yugoslavia). Por enfrentamientos étnicos (URSS y Yugoslavia). Por intervención imperialista a través de medios masivos de comunicación (toda Europa Central y Oriental, Nicaragua y Cuba). Por recrudescimiento de bloqueo económico imperialista (Nicaragua y Cuba). Por aceptación o impulso de la ONU o por sometimiento de su Consejo de Seguridad y consecuente beligerancia reaccionaria internacional (Viet Nam, Laos y Kampuchea). Por refusión de estados escindidos (Alemania). Por crisis institucional y financiera del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) (todos). Por reblandecimiento del Pacto de Varsovia (todos en escala gradual de Europa a América Latina, Asia y África).
- El vertiginoso interés de Estados Unidos en la integración económica con México y América Latina.
- La coyuntural desmovilización atómica del imperialismo y la removilización acelerada para la guerra convencional con la clara participación de todas las potencias que lo integran (parcial o total: el cerco a Iraq inaugura la nueva estrategia).
- La visible y aguda crisis ideológica y política de la socialdemocracia en Europa y en el llamado Tercer Mundo y especialmente en México y América Latina.
- La profunda crisis social, política y económica de alcance mundial, que persistentemente se mantiene en 1990, confirma y refuerza su incontestable presencia.

El impacto que el cúmulo de problemas con que irrumpe esta revolución ha dejado sentir en la interpretación de algunos analistas, es el de la tendencia a establecer, aunque no tan categóricamente, que el resultado general es que la humanidad ha perdido una preciosa oportunidad histórica para avanzar hacia el socialismo por que, cuando las condiciones en todo el Tercer Mundo estaban suficientemente maduras, el socialismo "real" no tuvo el imán suficiente para atraerlo ni una carga energética tan intensa como para transmitirle movimiento sin descargarse en el intento; y que lejos de apoyarlo en su búsqueda de una salida hacia un destino menos indigno, no sólo lo abandonó a su propia suerte de sojuzgamiento secular sino que incluso comenzó a predicarle la desesperanza y la cesión de espacios vitales al imperialismo, en los

que bien hubiera podido si no medrar en el camino de la liberación al menos permanecer a costa y en el nivel de su propia dinámica. No comparto el punto de vista ni el criterio general.

Esa forma de ver las cosas es sólo uno de los matices que asume la voz del imperialismo al propalar que el triunfo coyuntural que aparentemente obtuvo es el fin de la Historia; pero calla una verdad de fondo que, por lo demás, está en todas partes: la sociedad socialista, especialmente en Europa y en la URSS, terminó por nada querer con el tipo de socialismo que la ha llevado a la explosión, de la misma manera que *la sociedad capitalista nada quiere con el imperialismo que estuvo alentando largamente esa explosión*. Tampoco ha sido tiempo, todavía, de evaluar en toda su dimensión los estragos que la prolongada Guerra Fría llegó a causar al imperialismo, por más que sus efectos estén también a la vista. En lo que llevo dicho se habrán notado algunos de los fenómenos que comprueban la profunda crisis estructural y el fracaso histórico del imperialismo como fase superior de una formación social para la conquista del destino humano de bienestar, libertad y justicia; conquista que, también por lo demás, nunca ha sido siquiera formulada con suficiente claridad por sus teóricos.

¿A quién podría escapar hoy el complejo y doloroso proceso social que condujo a concebir y poner en marcha la *reestructuración* si la propuesta que se recogió de la sociedad misma fue planteada y hecha circular por el mundo en términos de las más apremiantes necesidades históricas que se disponía a resolver el sistema socialista, y si se hizo sin soslayar el señalamiento de responsabilidades también históricas a los segmentos de aquella sociedad cuya política y conducta incubaron la profunda crisis que tales necesidades configuran?

En realidad el rebase y el sesgo que experimentó la sociedad socialista estaban presentes desde mucho antes de que fuera puesta en marcha la *reestructuración*, como antes señalamos. De ahí que, una vez legitimada políticamente, desembocara muy pronto en la revuelta popular y el corte de cabezas, y que hasta ahora haya quedado en el extremo diametralmente opuesto al de un movimiento de unificación socialista mundial.

La diáspora (dispersión), sin embargo, pronto ha tendido a tocar a su fin aunque, dialécticamente, este fin tienda a provenir precisamente de los embates que desde el exterior le endereza el imperialismo pues, éste también ha demostrado, sobre todo desde que la *res-*

tructuración adoptó el nombre y apellido de Mijaíl S. Gorbachov, una simpatía y un apoyo hacia ella que le ha permitido ganar tiempo y comenzar a jugar el papel de blanco móvil frente a la un tanto retardada recomposición socialista de fuerzas. De ahí también la inmediata reestructuración imperialista que, recomponiendo el equilibrio internacional de poder, o al menos intentándolo de prisa, vuelve a la estrategia de la guerra convencional en la que alinea a "los siete grandes" en una sumatoria ponderada de razones y proporciones que engloba a toda la llamada Comunidad Económica Europea (CEE) y a uno que otro pigmeo sureño con ínfulas serviles de primermundista. Hasta aquí, el segundo intento de solución.

Ciertamente, todo comenzó como el interés de enterrar para siempre jamás al estalinismo, que pronto se convirtió en un movimiento oficial para acabar con la inercia del pasado rectificando errores, superando atrasos en la producción, poniendo al día la ciencia y la tecnología, angostando el burocratismo, atendiendo a la satisfacción de necesidades sociales largamente postergadas, erigiendo al ser humano como centro del interés social e induciendo el desarme y la paz mundial. Movimiento que de inmediato tuvo que completar su plataforma de contenidos, haciendo frente a la exasperación y al desbordamiento de un generalizado descontento social y tratando de recuperar la credibilidad del sistema por ocupación del vacío ideológico y cultura que su crisis produjo. Pero muy pronto también ha tenido que hacer frente a los efectos secundarios de la penetración financiera y tecnológica que desde años antes se había estado dirigiendo al socialismo, acompañada del grueso contingente de *trainers*, asesores y consejeros y al grueso canal de ambientación psicosocial de la apertura que bajo las formas más sutiles de propaganda anticomunista llegaron para situarse en el centro de la vorágine de corrupción de las costumbres y la cultura del conglomerado socialista.

Todo ello, sin embargo, tiene que decirse sin restar importancia a la responsabilidad directa en que, también por cultura y costumbres del mismo conglomerado, estuvieron incurriendo algunos de los hacedores recientes de la política económica cuya interpretación de la *reestructuración*, y también al margen de ella, no fueron hasta ahora más allá de la trampa de considerar no sólo como legítimas y viables sino hasta como prioritarias para el desarrollo socialista, al endeudamiento externo, apertura comercial, inversión extran-

jera, privatización de algunas actividades productivas, desincorporación de empresas del Estado o su transferencia a las instancias regionales y locales de decisión económica; pasando por el impulso a la inflación, a la congelación de los salarios nominales, a la emisión desmesurada de papel moneda, a la tolerancia del mercado negro y las prácticas antisocialistas y hasta antisociales de vida pública y privada; sin advertir que algunas de las medidas económicas señaladas hubieran tenido, como tienen todavía, singular importancia coyuntural y aun en el mediano y largo plazo, sólo como auxiliares minoritarios de un repunte socialista estrictamente económico y tecnológico en aras de la modernización de la base productiva, pero también de la ruptura del aislamiento político y cultural en que se encontraban y se encuentran muchas nacionalidades, algunas de ellas sumamente productivas y prósperas, que siguen segregadas y fuertemente hostilizadas por la ONU, por su Consejo de Seguridad, por los países desarrollados en conjunto y hasta por los subdesarrollados, alineados y no alineados, a desdén de las relaciones diplomáticas que en distinto grado y nivel mantienen latentes con estos últimos.

Para qué preguntarnos ahora en qué lugar del socialismo ha quedado la planificación si la *reestructuración* también llevaba entre sus propósitos fundamentales, que primero han comenzado a cumplirse, impulsar la democracia y la participación social en la toma de decisiones y en la distribución de los beneficios a que conducen éstas y si, además implicaba el también muy prontamente logrado renacimiento de la iniciativa y el interés individual; y si de todo ello el mayor problema ha sido que todo se desbordó hacia las masas populares no organizadas, y si en la base de su falta de organización estaba y está nada menos que la falta de educación en la ideología socialista para no hablar ya de la total ausencia de la noción de simultaneidad entre muchos aspectos del socialismo y el comunismo, noción ausente también entre las masas organizadas y aun entre muchos de sus principales líderes. Hasta aquí el tercer intento de solución.

De ahí que, no obstante el previsible final de la diáspora socialista, el reencuentro con la veta de la construcción socialista no esté al orden del día y que ni siquiera se vislumbre para el mediano plazo; lo que no implica que la revolución social no se encuentre en acelerada marcha sino que precisamente porque lo está, su etapa inicial está también por concluir y, la subsecuente, será de un

alcance y una profundidad que el mirador cultural de la sociedad mundial de estos días no es suficiente siquiera para avizorarla. ¿De qué revolución se trata? ¿Acaso de una segunda revolución a escala de la sociedad mundial en menos de un siglo y, desde el punto de vista de muchas sociedades nacionales, en menos de medio siglo? No. Definitivamente.

¿Se trata, entonces, de una revolución que como en la propuesta inicial de la *reestructuración*, se limite a romper los mecanismos que frenan el progreso y la aceleración del desarrollo socialista; devuelva la iniciativa a las masas; instaure la autonomía socialista; dé impulso a su esfuerzo creativo; mejore su orden y disciplina; les devuelva la credibilidad hacia la información de Estado; encumbre la crítica y la autocrítica; intensifique el proceso económico; rehaga el principio del centralismo democrático; modernice la economía país por país y a escala del CAME pero también en su relación con el área no socialista; haga superar la gestión económica basada en órdenes y en métodos administrativos y la sustituya con la deliberación ampliada de las cuestiones de fondo? No.

O, como en la misma propuesta, ¿se trata de una revolución que impulse y logre pronto sólo un cambio irreversible hacia los métodos científicos en cada nueva iniciativa y en la consolidación de lo ya logrado para seguir fortificando el proceso planificador; lograr el desarrollo prioritario de la esfera social a través de mejores condiciones de vida, trabajo, descanso, recreación, educación, vivienda y de salud; privilegiar la riqueza cultural; fortalecer la creación ideológica; eliminar las deformaciones de la ética socialista; implantar los más sanos principios de la justicia social; volver congruentes las palabras, los hechos, los deberes y los derechos; impulsar permanentemente la renovación de la conciencia colectiva; conquistar formas progresivas de vida socialista; humanizar crecientemente cada acción y cada proceso y, en suma: Para unir socialismo y democracia? No. Definitivamente no; *sino de una revolución para todo eso y para mucho más que eso.*

Se trata de una revolución que habiendo puesto ya en movimiento a toda la sociedad, está a punto de entrar a una fase que comienza, ya no con el discurso sino *con la dinámica global* que el mismo desató y *que ya se mantiene en marcha por su propio impulso*, por educar a las masas populares en todos sus grados de organización, incluso a las no organizadas que ya pronto no lo estarán, con la más inequívoca y preclara distinción, con la más rigurosa y exi-

gente diferenciación histórica entre democracia socialista y democracia burguesa. Porque emparentar como en los días de la diáspora socialismo y democracia así, en abstracto, equivalió a abrir los recintos de la hermandad, o del maridaje pasajero entre socialismo y anarquismo sin hacer luz sino obnubilando temporalmente el camino natural del socialismo desde la confusión ideológica que tantos males parece haber comenzado a proporcionar al socialismo pero que, como una de sus más grandes experiencias históricas, tantos bienes le depara desde su futuro inmediato.

Lo importante es el hombre

Democracia así, en abstracto, fue sólo el primer punto de toque de esta Revolución porque entrañó todo ese conjunto explosivo que desató el nudo entre el ser y el pensar del socialismo —problema fundamental en la filosofía de todos los tiempos—, y que de paso, en los países del área subimperializada ha llevado a todos los partidos de izquierda no sólo al más troglodita de los canibalismos políticos entre hermanos de clase y capa social, sino lo que no es menos grave, los ha llevado a adoptar juntos el populismo de nuevo cuño y a la conquista de rotundos y sistemáticos reveses en los procesos políticos y electorales de cada nación, pero sobre todo a admitir o a callar desde las más veladas hasta las más evidentes y grotescas presiones imperialistas y a asumir claras líneas de retroceso aun en los cánones de la democracia burguesa que les estaba permitiendo conquistar pequeñas, medianas y grandes cuotas de poder en los congresos, en las asambleas o en las legislaturas de cualquier rango. Experiencia, esta última, tan valiosa históricamente, que sólo podrán repetir en ausencia de una teoría política propia. El de México es el patético caso que tenemos más a la vista. El de Nicaragua, que nos toca muy de cerca, es sólo la más clara y elocuente lección de que socialismo y democracia en abstracto hacen y harán, como en todas partes, volver a la Revolución sobre sus propios pasos, hasta el punto muerto en que conocieron la inflexión de su trayectoria.

Para esta Revolución, la democracia ya no será como en la diáspora, actuar haciendo concesiones por temor al hambre real, supuesta o torvamente inventada o a la exasperación de las masas, ni solapar la anarquía social bajo pretexto de desestabilización in-

terior de las estructuras de poder endeblemente concebidas e insuficientemente articuladas. Tampoco será insistir tosudamente en los viejos y degradados moldes del centralismo democrático que desde muy temprano cedieron si se quiere paulatina pero irreversiblemente su lugar a los moldes del centralismo burocrático. En el socialismo revolucionario, la democracia obedece a conceptos de una filosofía política que nada tiene que ver con la imagen formal de una justicia social concebida sólo en términos del Derecho. Muy por encima de ello, la justicia que postula y ejerce en términos de solidaridad social, es decir, en términos de extinción acelerada y no formal, no por decreto sino por efecto del proceso económico y político real, de clases y capas sociales, se fundamenta en hechos objetivamente verificables, contables y medibles en cantidad y en calidad, extensiva e intensivamente. Hechos no aislados sino concatenados que configuran todo un proceso social que extingue también el Derecho en cuyos moldes se gestó la vieja democracia de clase cuyas instancias volvieron a reanimarse en la fase inicial de esta Revolución porque no habían acabado de morir; y exige e implanta un nuevo Derecho acorde al nuevo estado en que se instala toda la sociedad.

La democracia socialista, a diferencia de la democracia burguesa que vivió sus últimos estertores en la fase inicial de esta Revolución, no es la colección formularia y formal de derechos que si bien podían ser ejercidos, también podían y hasta debían por principio ideológico y alineamiento político ser conculcados. Es, por definición, un proceso comprobable cotidianamente en toda la extensión de la sociedad y con las variantes de ascenso escalonado unas veces y ondulado otras pero siempre irreversible en su trayectoria secular, que impone la maduración socialista y la simultánea construcción del comunismo.

Es esta la forma más sencilla, clara y directa que encuentro para decir que la *restructuración* es la Revolución socialista y que ésta es hoy y será mañana un proceso inquebrantable porque para salir de la crisis volverá a sostenerse en los únicos tres pilares capaces de confirmarla siete décadas después de su triunfo irreversible y a casi medio siglo de haberse iniciado su expansión mundial: la revolución ideológica, la revolución tecnológica y la revolución cultural enraizadas en la idea y en la praxis de que, de todo lo que el socialismo haya proyectado históricamente, vivido y esté por vivir, *lo único importante es el hombre*, ese ser social que es la base del con-

cepto, el constructor de la estructura y el motor para el cambio acelerado.

Y la más directa que encuentro para decirlo porque, a escala social, es el hombre el ser en que radica el instinto y la voluntad de emancipación respecto de todo lo que traba su desarrollo; el ser social en que radica el espíritu creador de las condiciones materiales de vida a que aspira, y el ser en que radica la conciencia social para corregir de manera permanente el camino por el que marcha hacia la consecución de su grandioso destino: el destino de señorear de manera soberana sobre los poderes materiales e indestructibles de la naturaleza, que es su propia naturaleza, y sobre los productos en que la transforma para transformarse a sí mismo y adueñarse del universo y su Historia.

Y lo es también, porque en el socialismo la democracia se convierte en un proceso que rebasa con mucho el campo meramente político para anidar sobre todo en la justicia social que se basa en la igualdad económica; y esto tiene que ver de manera directa con la forma de concebir y de construir la independencia de cada pueblo y de cada nación en la todavía muy larga historia presente y futura de las nacionalidades. Lo que equivale a decir que las naciones socialistas serán libres e independientes en la medida que lo sean económicamente las sociedades que las integran, y en que éstas enseñen a las no socialistas el lenguaje de la hermandad y el amor del género humano, necesario para romper los parcelamientos políticos; pues la independencia real comienza por la independencia del proceso económico respecto de estos parcelamientos.

En el socialismo, por supuesto, lo político aun conservando su propio ámbito de acción no puede desentenderse de lo económico sino todo lo contrario: es en el socialismo donde lo político y lo económico se complementan e interpenetran y donde fundidos en una sola y misma sustancia, encuentran su única razón de ser en lo social, que de la manera más extendida a escala mundial se conoce como progreso y bienestar material pues, por definición, el socialismo es el sistema de trabajo social para la construcción del comunismo y, como tal, el único sistema capaz de llegar a garantizarlo un día para todos los hombres. He aquí un cuarto intento de solución.

¿A qué viene entonces la alharaca mundial en torno a los problemas del socialismo? Viene, como ya lo sugería, a pretender el descrédito y la derrota subsecuente en aras del repunte imperialista y sus parcelamientos. Por eso, a despecho de los muros derrui-

dos y de los muros contrafortificados, las fronteras se deslizan en lo territorial pero se endurecen en lo ideológico y lo económico. Pero a despecho también de los plañidos noticiosos por la muerte del socialismo y de los pretendidos verdugos que los financian, dialécticamente viene también a lanzar un alerta vigoroso hacia las propias naciones socialistas y sobre todo a las más sustantivas fuerzas sociales que las han hecho posibles y que a pesar de la inconsistencia ideológica y la defección que han provocado la diáspora, les siguen dando cohesión y continuidad histórica.

Hoy que todavía continúa este nuevo tipo de agresión, cuyo filo descomunal como el de un estilete penetra triangularmente en los campos financiero-tecnológico, ideológico-cultural y político-estratégico; como nunca antes, y probablemente como nunca después, esas fuerzas están en condiciones de dar la respuesta adecuada a tan complicada como completa y nada sutil forma de hacer la guerra total al socialismo. Para decirlo invoco el concepto filosófico de *momento* y lo remito a la sustancia de la Historia, como quinto y último intento de solución a los problemas de interpretación que hubieran podido suscitar mis primeras páginas.

Nadie, por cierto, podrá decir que es una respuesta fácil. Pero de igual manera, nadie podrá decir que es una respuesta inédita. *El socialismo mundial ha recorrido en tan sólo 72 años un tramo tan enorme de la historia mundial como el que recorrió la humanidad entera desde que remontó la prehistoria.* Con todos sus cambios y problemas, en tan breve lapso su diversidad geopolítica ha generado espacio y tiempo suficiente para demostrar que, en todos los órdenes, también en el filosófico, es un sistema superior a todo lo previo, a pesar de que en el mismo lapso prácticamente nada se agregó desde Europa Central y Oriental al marxismo-leninismo como interpretación de la muy evolucionada historia social y, específicamente como teoría de la liberación y el desarrollo nacional, e internacional socialista, y su consolidación para el más largo plazo, que es su verdadera perspectiva.

Por ello hoy también, como nunca antes y probablemente como nunca después, es oportuno dirigir la mirada a las sociedades y naciones que *gracias a la presencia del socialismo en Europa, lograron en la segunda mitad del siglo XX la independencia socioeconómica y política respecto del imperialismo*, para lo cual tuvieron que construir sobre la marcha de sus revoluciones y sus guerras de liberación nacional y partiendo del propio marxismo-leninismo sus propias, modernas, teorías de

liberación y, algunas de ellas, enseguida sus propias teorías del desarrollo acelerado del socialismo que, también por definición y contenido real, son muy valiosas contribuciones a la teoría del tránsito acelerado al comunismo.

Quizás el tiempo ha sido todavía corto para sistematizarlas e incorporarlas en pleno al cuerpo de doctrina de la Teoría General del Desarrollo Histórico, o quizás la acelerada construcción socialista de las nuevas naciones libres no haya dejado tiempo suficiente a sus líderes e ideólogos para llevar a cabo tal incorporación y para enseñar a la humanidad que es esa la forma más original y auténtica para desarrollar tal Teoría.

Lo cierto es que en la República Popular Democrática de Corea como en Cuba, en Viet Nam como en Etiopía, en Kampuchea como en Nicaragua, en Laos como en la República Árabe Saharaui y en todas ellas como en la Perestroika soviética, está la clave para derribar la ya no tan pequeña y muy amenazante Torre de Babel ideológica del socialismo que se ha dado en llamar real. Contribuir a ello desde el medio académico es la finalidad que me trajo a la presentación del breve conjunto de reflexiones que integran este trabajo.

Se trata, en suma, de la Gran Revolución Socialista que reconoce extensas y profundas raíces en la historia de la humanidad, y que ha conocido y padecido rotundos reveses ampliando cada vez más su perspectiva, antes y después de la Utopía, antes y después de la Comuna de París, antes y después de Octubre de 1917, antes y durante la *restructuración*; y que sigue su marcha ascendente no perdiendo sino dejando caer la cáscara que al renovarse, guarda y permite el desarrollo de una madera cada vez menos endeble y de una médula cada vez más consistente, para que su sabia comunista florezca y fructifique en toda la ramazón de la sociedad y en todo el follaje de la Humanidad que ha sido capaz de concebirla.